

de la historia, tal y como subraya Habermas en *Historikerstreit* (1986). La noción de memoria pública puede poner de manifiesto cómo una cierta política de inscripción o de falta de inscripción del pasado en el discurso público puede producir una serie de efectos en cadena, ya sea en la definición misma de democracia, o bien en la aplicación efectiva de los valores democráticos en un cierto contexto nacional. Por otra parte, hay casos en los que, si bien persisten las memorias individuales, se niega la discusión pública de un cierto acontecimiento (piénsese, en el contexto italiano, en los delitos de la mafia o de la camorra): en ausencia del concepto de memoria pública, sería mucho más difícil comprender casos de este tipo.

Un estudio paradigmático sobre la memoria pública es el de Robin Wagner-Pacifici (2007), que analiza el informe redactado por la Comisión 11 de septiembre sobre el ataque terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York en 2001. Su análisis se centra en las modalidades con las que este documento, desde el principio concebido como *fuentes históricas* para la posteridad, inscribe la narración de este pasado en el discurso público internacional. Este estudio documenta la posibilidad que tiene un texto oficial de narrar la compleja trama de las relaciones de poder entre las naciones. Tal y como sucede a menudo, lo que el informe de la Comisión 11 de septiembre omite es más relevante que aquello que explica con profusión: implícita en aque-

llas páginas omitidas está, de hecho, la narración de las relaciones internacionales de Estados Unidos que precedieron al ataque terrorista a las Torres Gemelas, y de las que en todo el informe no se hace mención alguna.

Anna Lisa Tota

Università di Roma 3

MEMORIA PÚBLICA DEL FASCISMO (CASO ITALIANO)

Hablar de memoria del fascismo en la Italia republicana, nacida con el referéndum del 2 de junio de 1946, significa antes que nada definir el problema y establecer una periodización. En efecto, existen varios géneros y niveles de memoria historiográfica —política, individual y pública—, que unas veces se han entremezclado y otras han seguido trayectorias distintas. Centro aquí mi atención en la memoria pública: esto es, en una narración del pasado que, en tanto que resultado de un «pacto» sobre los momentos de la historia nacional que se ha considerado que merecen ser recordados, es transferida al cuerpo de la sociedad a través de una amplia gama de instrumentos educativos y mediáticos (escuela, cine, televisión, museos, monumentos, etc.). Desde este punto de vista, la memoria del fascismo y su uso público están estrechamente conectados con la memoria y el uso público que se hace de la resistencia: en ambos casos quedan



reflejados, de forma patente, los principales capítulos de la historia republicana, tanto los conflictos políticos como las transformaciones sociales y culturales que se han ido produciendo.

La construcción de una memoria pública del fascismo tuvo que afrontar dos exigencias fundamentales: por un lado, la legitimación de las jóvenes instituciones republicanas y de los partidos políticos antifascistas; y por el otro, la puesta en marcha de una pedagogía democrática de masas que fuera capaz de incidir en la cuestión de la identidad nacional. Ciertamente, la herencia era pesada, también en sentido simbólico. Durante las dos décadas que transcurrieron entre 1922 y 1943 el fascismo había practicado una intensa política monumental y conmemorativa, como parte integrante del designio totalitario de crear el «hombre nuevo». ¿Qué se podía hacer con esa invasiva presencia memorialística de monumentos, casas del Fascio, *palazzi «littori»*, placas que exaltaban a los «mártires» del fascismo como ejemplos de una Italia potente, viril e imperial?

Ya al día siguiente del 25 de julio de 1943, la «damnatio memoriae» se ensañó sobre todo con los iconos de Mussolini y con las manifestaciones más vistosas de la ocupación fascista de los espacios urbanos. Después del 25 de abril de 1945 y de la Liberación, se salvaron de la destrucción otras realizaciones públicas provenientes de aquella era: muchos edificios eran funcionales para el uso civil (escuelas, tribunales, estaciones ferrovia-

rias, instalaciones deportivas, etc.), y con frecuencia eran notables expresiones culturales del modernismo arquitectónico. También las grandes operaciones monumentales ligadas a la memoria de la Gran Guerra, que el fascismo había integrado en su propio relato nacional (piénsese en el imponente cementerio militar de Redipuglia), fueron de nuevo consagradas en clave de patriotismo democrático y armonizadas con la celebración de la Resistencia.

De hecho, el único lugar genuino de la memoria fascista que ha jugado una importante función política e ideológica —si bien restringida a la minoría de nostálgicos del régimen— ha sido la tumba de Mussolini en Predappio. En 1957, el cadáver del *Duce* le fue restituido a la familia para ser sepultado en el cementerio de su país natal: a partir de ese momento, la cripta se convirtió en destino de los militantes neofascistas, que no se reconocían en los valores de la Italia democrática. El peregrinaje a Predappio, coincidiendo con los aniversarios del nacimiento y muerte de Mussolini (29 de julio y 28 de abril), así como con el aniversario de la marcha sobre Roma (28 de octubre), permitía a estos «exiliados en la patria» (*esuli in patria*) reivindicar el ligamen con el pasado y mantener con vida una identidad antagonista con respecto a la hegemónica.

En términos más generales, parece evidente la dificultad de la República para ajustar cuentas con un pasado tan gravoso. En la primera fase de la Guerra

Fría y de la contraposición ideológica interna, Italia vivía un proceso análogo al del recuerdo/olvido del nazismo en la Alemania Federal y de Vichy en Francia. La interpretación del fascismo como paréntesis en la historia nacional, defendida por la respetada voz de Benedetto Croce, facilitó una larga remoción colectiva, retrasando el «examen de conciencia» de los italianos con respecto a las dos décadas fascistas y a las razones del «consenso» en torno a aquel régimen. Y en sentido contrario, se popularizó enormemente la imagen de la Resistencia como guerra patriótica de liberación (el «segundo *Risorgimento*»), que hacía hincapié en la participación de las masas en la guerra partisana y obviaba las referencias a la guerra civil de 1943-1945. En efecto, los estudios sobre el fascismo —que no son por tanto una excepción en este sentido— sólo han conocido un verdadero salto científico entre finales de la década de 1960 y los años 1980, cuando fueron exploradas la naturaleza y las dimensiones del consenso, la relación entre el régimen y la sociedad de masas, la ideología, la cultura y la política cultural en el contexto de una modernización autoritaria.

Pero con algunas excepciones —entre las que hay que mencionar la investigación televisiva llevada a cabo por el periodista Sergio Zavoli (*Nascita di una dittatura*), transmitida por la RAI en 1972—, lo cierto es que rara vez la historiografía y la memoria pública han cruzado sus caminos: los contrastes políticos

y las memorias divididas, las dificultades para establecer una relación virtuosa entre los resultados de la investigación y su divulgación mediática han influido profundamente en la actitud de los italianos hacia el pasado. Algunos nodos cruciales de la época fascista han permanecido durante largo tiempo en la sombra: las leyes raciales y la persecución de los judíos, los crímenes coloniales y los cometidos durante la ocupación bélica a menudo han dejado el sitio al reconfortante estereotipo del italiano «bueno», y a una memoria edulcorada del período fascista. Del otro lado, una narración cada vez más estática y autocomplaciente de la Resistencia ha empezado a erosionar su propio enraizamiento en una sociedad que ha de lidiar con numerosos cambios y transformaciones.

Todas estas contradicciones estallaron a principios de la década de 1990. El final de la Guerra Fría, la crisis de la primera República y de sus valores fundamentales, así como los gobiernos de centro-derecha presididos por Silvio Berlusconi fueron factores que, unidos, tuvieron también inevitables repercusiones en el campo de tensión de las políticas sobre la memoria, tanto en Italia como en toda Europa. Las propuestas de revisión de los textos académicos, la banalización y la relativización del pasado fascista se entrecruzaron con las polémicas surgidas a raíz de la invitación a la reconciliación y a la equiparación de las memorias bajo la categoría del antitotalitarismo: son ejemplares, en este sentido,



las leyes aprobadas por el parlamento italiano, que sitúan contiguos en el tiempo el «día de la memoria de la Shoah» (27 de enero) y el «día del recuerdo» (10 de febrero) de los muertos italianos en la masacre de las *foibe*, en la frontera con la antigua Yugoslavia.

De hecho, en el vacío político y cultural provocado por la crisis de los paradigmas tradicionales, la insistencia en las víctimas y un acentuado «presentismo» —se ha hablado de «República del dolor»— muestran en Italia singulares analogías con las memorias públicas que se han desarrollado en la Europa Central y Oriental tras la desintegración de la URSS y el fin del comunismo.

Massimo Baioni
Università di Siena

MEMORIA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL EN LA UNIÓN SOVIÉTICA Y EN RUSIA

La memoria de la Segunda Guerra Mundial, que los rusos llaman la Gran Guerra Patriótica (GGP) de 1941-1945, es el principal fundamento de la identidad nacional de la Rusia postsoviética. A grandes rasgos, perpetúa la construida durante la época soviética, cuando el régimen debía su legitimidad al control de la historia única y ejercía una estrecha vigilancia sobre su memoria. Sometida a los vaivenes de los cambios políticos, se ha visto

transformada de forma importante, pero su núcleo central sigue siendo el mismo. De todos modos, también existía otra memoria, prohibida en el espacio público, que circulaba en el interior de las familias y entre amigos. Lo que ésta transmitía era el profundo trauma causado por una guerra que causó casi 27 millones de víctimas en la URSS y hablaba de los aspectos silenciados por la memoria oficial: el sufrimiento de los soldados y de la población civil, el número de víctimas, las derrotas de los primeros años del conflicto y la responsabilidad de Stalin, el destino trágico de los prisioneros de guerra soviéticos y de los mutilados, el exterminio de los judíos y la deportación de pueblos enteros. También narraba el espíritu de libertad que animó a la resistencia al invasor, esperanzas pronto rotas por la nula liberalización política.

La memoria oficial de la guerra era particularmente selectiva. Sólo tenía que ver con los años 1941-1945 y olvidaba los dos años anteriores, cuando la Unión Soviética invadió la mitad oriental de Polonia, atacó a Finlandia, se anexionó los países bálticos, Besarabia y Bukovina del Norte. Iniciada en 1941 en respuesta al ataque alemán, la GGP fue una guerra defensiva, antifascista, de liberación, que permitió a la URSS rechazar la invasión alemana, luego liberar media Europa y vencer a la Alemania nazi. Este relato canónico se instaló desde los primeros años de la posguerra. Triunfalista, centrado en la victoria, exhibía el heroísmo soviético, el espíritu de sacrificio, el papel